

Universitat Oberta de Catalunya

DOCTOR *HONORIS CAUSA*

William J. Mitchell

Jordi Pujol i Soley

2006

Universitat Oberta de Catalunya
Av. Tibidabo, 39-43
08035 - Barcelona

Rectora: Dra. Imma Tubella i Casadevall

Impressió: Gráficas Rey

William J. Mitchell
Jordi Pujol i Soley

2006

ACUERDO DEL CONSEJO DE GOBIERNO

El Consejo de Gobierno de la Universitat Oberta de Catalunya, en sesión ordinaria celebrada en Barcelona el día 1 de febrero de 2006, acordó investir con el título de doctor honoris causa al profesor doctor William J. Mitchell y el Muy Honorable Señor Jordi Pujol i Soley. Ésta es la más alta distinción académica concedida a título de honor a unas personas en reconocimiento de sus méritos y su trabajo.

En el caso del profesor Dr. William J. Mitchell, se concede este doctorado por su dilatada y espléndida labor académica como catedrático, decano, investigador, arquitecto y diseñador en universidades del más alto nivel, como UCLA, Harvard y MIT, y al mismo tiempo por haber sido pionero en la introducción de la informática en la arquitectura y el diseño urbano. A través de sus libros se ha convertido en la figura mundial de referencia en el análisis de los efectos de las tecnologías de la información en las formas urbanas. De una manera especial se destaca su contribución al estudio de la identidad en relación con la modificación de los espacios de la sociedad red.

En el caso del Muy Honorable Señor Jordi Pujol i Soley, se otorga este doctorado en reconocimiento a su dilatada y fructífera trayectoria y por los múltiples méritos que concurren en su persona, que ha puesto de manifiesto en los ámbitos político, económico, social, cultural y cívico, y de un modo relevante por su tarea intelectual y por los vínculos tan especiales que lo unen a la existencia de esta universidad, dado que fue un firme y decidido impulsor en su etapa de presidente de la Generalitat de Cataluña.

Y, para que así conste a los efectos oportunos, extendiendo esta acta en Barcelona, el 1 de febrero de 2006.

LAUDATIO DE
WILLIAM J. MITCHELL

La tradición dispone que el acto de investidura de un doctor *honoris causa* vaya precedida por una alabanza –*laudatio* académica– de los méritos de la persona investida. Como ustedes ya saben, me toca hacer la del Dr. William J. Mitchell, arquitecto y profesor de Arquitectura y Arte y Ciencias Multimedia en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT); una alabanza que aunque debería ser en apariencia fácil, dados los numerosos méritos del profesor Mitchell, presenta la dificultad añadida de tener que ser resumida en el corto espacio de tiempo que se me ha asignado. Vayan por delante, pues, mis excusas por la subjetiva, superficial y posiblemente sesgada simplificación de dichos méritos, que a continuación empiezo a enumerar. Inevitablemente esta relación ha de incorporar un breve repaso al currículo del Dr. Mitchell: después de graduarse en 1967 en Arquitectura por la Universidad de Melbourne, siguió cursos de posgrado en Yale y Cambridge (Inglaterra). En la primera, de *Environmental Design* y, en la segunda, de Artes. En esta última, asimismo, se inicia su carrera académica, que prosigue en la Graduate School of Architecture and Urban Planning de la Universidad de California en Los Ángeles, donde ocupó varios cargos docentes entre los años 1970 y 1986. Fue director de su programa de Arquitectura y Urbanismo, e introdujo por primera vez la informática en los estudios de Arquitectura. En 1986 se incorpora a la Universidad de Harvard, donde dirige el programa de máster en Diseño. En 1992 es nombrado decano de la Escuela de Arquitectura y Urbanismo del MIT, cargo que ejerce hasta el año 2003. Entre 1998 y 2004 desempeña la labor de asesor de arquitectura del presidente del MIT y desde el año 2002 es director del programa de Arte y Ciencias Multimedia. Toda esta actividad se ha visto complementada con estancias como profesor visitante en universidades como la de California en Berkeley, Carnegie Mellon, Tulane, Yale, la Politécnica de Hong

Kong o Adelaida, en su Australia natal. Una extensa bibliografía da fe de los resultados de la intensa actividad investigadora, realizada por el Dr. Mitchell, plasmada en multitud de proyectos ejecutados o en curso de ejecución: una bibliografía que incluye, además de los artículos estrictamente técnicos, un buen número de publicaciones destinadas a la divulgación de los resultados de su labor, a los que haremos referencia más adelante. El Dr. Mitchell también ha hecho algunas incursiones en el campo profesional de la arquitectura, que son consideradas como estrictamente necesarias por muchos de sus colegas. Así, por ejemplo, el año siguiente a su graduación trabajó como arquitecto en Melbourne y, asimismo, ha sido director y socio de empresas innovadoras de arquitectura en California. Por otro lado, el profesor Mitchell es miembro de la Academia Americana de Artes y Ciencias, así como del Real Instituto Australiano de Arquitectos. Es doctor *honoris causa* por la Universidad de Melbourne y el Instituto Tecnológico de Nueva Jersey. En 1997 le fue otorgado el Appreciation Prize del Instituto de Arquitectura de Japón por sus contribuciones a la teoría y práctica del diseño arquitectónico en la era de la información, así como por su labor mundial en favor de la promoción del uso de herramientas informáticas en la formación de los arquitectos. Todo ello sin pasar por alto que también es miembro de la Comisión Científica Internacional de la Universitat Oberta de Catalunya.

He dejado expresamente para el final de esta lista señalar el hecho de que el Dr. Mitchell es también presidente del Comité Nacional de Academias de Tecnología y Creatividad, y es que su obra se sitúa justamente en la bella –y no siempre fácil– confluencia de estas dos palabras, *tecnología* y *creatividad* o, mejor dicho, *creatividad* y *tecnología*. Él mismo se autodefine como un diseñador crítico y comprometido dedicado a reflexionar, imaginar e inventar. Y su ámbito de reflexión lo ha llevado a analizar –y cito del todo literalmente– las estrechas implicaciones que tienen para nuestros cuerpos, nuestra ropa, nuestra arquitectura, nuestras ciudades, nuestras pautas y sistemas de movimiento, y nuestros usos del espacio y del tiempo, los sistemas y prácticas asociados a los bits movilizados gracias a las conexiones con y sin hilos, que se manifiestan a escala global, que sirven para todo y que están facilitadas por la miniaturización y la portabilidad; unas reflexiones que conducen al profesor Mitchell a argumentar que una consecuencia crucial de estas transformaciones tecnológicas

es el cambio de un mundo estructurado por fronteras y cercados a un mundo cada vez más dominado, en todas las escalas, por conexiones, redes y flujos. Dicho de otro modo, la formulación de su propia versión, desde el ámbito del diseño y planeamiento urbanístico, de lo que el profesor Manuel Castells, en su propio ámbito socioeconómico, ha denominado con tanto acierto la sociedad red y de la que, dicho sea de paso, el software libre sería una de las expresiones más profundas. En cualquier caso, la sociedad red es un concepto crucial para poder interpretar y entender los cambios que las tecnologías digitales están provocando a escala global.

Me permitirán que mencione un hecho personal que puede ayudar a explicar por qué he osado asumir hacer esta alabanza, y es que ahora hace unos diez años que tuve conocimiento del trabajo del Dr. Mitchell. Eran los primeros momentos de la explosión de Internet cuando el título de un libro despertó mi curiosidad de profesor de Matemáticas e Informática que fui de la Escuela de Arquitectura de Barcelona donde, por cierto, había codirigido alguna tesis que trataba de explorar las relaciones entre informática y arquitectura. El título de este libro –claro está, del Dr. Mitchell– era *City of Bits*,¹ el primero de una trilogía compuesta también por *e-topia*,² publicado en 1999, y por *Me ++*,³ que salió a la luz en 2003. *City of Bits* es considerado uno de los primeros libros electrónicos, ya que con la versión de papel apareció simultáneamente una versión en línea, con un foro asociado en el que los lectores podían hacer sus comentarios. Permitan que les haga notar, de paso, que el año de publicación de *City of Bits* es también el año en que se pone en marcha esta Universitat Oberta de Catalunya, la cual –en definitiva– es una auténtica universidad de bits, en el mismo sentido que da al Dr. Mitchell a la ciudad de los bits de su libro, en cuanto que no se trata tanto de poner nuevas infraestructuras electrónicas –que deben ponerse– como de crear entornos mediatos electrónicamente que nos permitan vivir como queremos. Desde esta perspectiva, la Universitat Oberta de Catalunya responde plenamente a este requerimiento de entorno mediato electrónicamente y que hace posible el acceso a la formación, requisito esencial de la llamada sociedad del conocimiento, que la sociedad red posibilita y exige.

1. *City of Bits: Space, Place and the Infobahn* (MIT Press, 1995)

2. *e-topia: Urban Life, Jim-But Not As We Know It* (MIT Press, 1999)

3. *Me ++: The Cyborg Self and the Networked City* (MIT Press, 2003)

A lo largo de esta trilogía, el Dr. Mitchell desarrolla, de forma sistemática y desde la perspectiva de un arquitecto, los retos que plantea el nuevo espacio, virtual, que las redes digitales han creado, unas redes que son un nuevo tipo de infraestructura urbana, que siguen los pasos de las de suministro de agua, alcantarillado, transporte, electricidad y teléfono y que a menudo reproducen las rutas y nodos de las redes anteriores. Como sus predecesoras, las nuevas redes de infraestructuras debilitan, de una forma selectiva, los vínculos temporales y espaciales entre actividades, lo que provoca una fragmentación y recombinación de la tipología de los edificios y de las pautas urbanas. Y es que, al igual que la red de suministro de agua de las ciudades destruyó el rol social de la fuente del pueblo, y la de la electricidad rompió los fuertes vínculos entre el centro de producción y las fuentes de energía, y el teléfono separó el centro de producción del de mando, las nuevas redes digitales fuerzan a una reconsideración de la separación entre hogar y lugar de trabajo, la misma concepción de lugar de trabajo, la ciudad, entre muchas otras cosas. Desde esta perspectiva no tiene que resultar nada sorprendente que el profesor Mitchell se plantee –más allá de la pregunta retórica– la necesidad de los grandes rascacielos, símbolos del poder económico asociado a una era, posiblemente ya superada, como hace en un contundente artículo que recoge en su último libro publicado hasta el momento y que lleva por título *Placing Words: Symbols, Space and the City*.⁴

Pero el profesor Mitchell no es sólo un teórico del diseño, también ha llevado a la práctica –a través de diversos proyectos– las reflexiones teóricas que ha elaborado. Y estos proyectos van desde su muy querido ARCHNET, hasta los reunidos bajo el nombre genérico de *Smart Cities*, ciudades inteligentes, integrados en un grupo de investigación específico del mismo nombre, bajo la dirección del profesor Mitchell, en el Media Lab del MIT. ARCHNET es una red destinada a articular una comunidad en línea y a ser fuente de recursos para esta comunidad, integrada por estudiantes, académicos y profesionales del diseño arquitectónico y la planificación urbana de países en desarrollo, con una especial atención en el mundo islámico. Tiene la voluntad de ser un referente en lo que debe ser el papel de la educación en la era de la información, está basado en software abierto y utiliza las últimas

4. *Placing Words: Symbols, Space and the City* (MIT Press, 2005)

tendencias en protección de los derechos de autor, compatibles con las posibilidades que ofrecen las tecnologías digitales. Entre los proyectos del grupo de Smart Cities destaca el llamado *e*lens: Rethinking the Pedestrian Experience*, que trata de hallar respuestas a la pregunta genérica de cómo las administraciones y organizaciones cívicas pueden mejorar sus respuestas y ofrecer mejores servicios a los ciudadanos a través del uso de tecnologías de localización –GPS– en combinación con las que utilizan conexiones sin hilos. Precisamente Manresa es una de las ciudades involucradas en este proyecto, implementado en dispositivos móviles que permiten ofrecer información geográfica y temporal sobre acontecimientos y recursos que brinda la ciudad.

Tengo que ir acabando y no lo puedo hacer sin dar algunas pinceladas de la persona que ha hecho todo esto y que incluso a través de sus escritos sobre arquitectura y redes digitales no rehuye evidenciar su compromiso ético y talante ideológico abierto, como hace de forma constante a lo largo de toda su producción y, muy especialmente, en su último libro, *Placing Words*. Así, por ejemplo, el hallazgo del hombre de Flores –una nueva especie humana de apenas un metro de altura descubierta en esta isla indonesia en 2004– además de darle pie a reflexionar sobre cómo sería la arquitectura para personas de esa altura, le sirve para poner en duda la literalidad de los textos bíblicos –¿cómo sería el dios que habría hecho a este hombre a su imagen y semejanza?–, una reflexión muy oportuna en vista de la reciente ofensiva desencadenada por los creacionistas. La arquitectura también le sirve como recurso para condenar los episodios de tortura en Irak con una carta abierta –una dura carta abierta– al secretario de Defensa, en la que además expone cómo tienen que ser diseñadas y construidas las cámaras de tortura, o la comparación que establece entre la destrucción de Gernika y la de Bagdad. En este sentido no puedo dejar de mencionar el último y delicioso escrito de este libro, que lleva por título *Carriage Return* y que relata una buena parte de sus vivencias de infancia en el interior de Australia, en una aldea perdida entre Melbourne y Adelaida.

Finalmente, permítanme resaltar aún otro aspecto del Dr. Mitchell: su extraordinaria formación humanística. Ésta se pone de manifiesto también a lo largo de sus artículos y permite que sea calificado como un erudito de nuestros días. A menudo refuerza

sus descripciones y su argumentario con citas y referencias que van desde los clásicos de todos los tiempos hasta la última serie de televisión. Entre estas referencias hay una que repite de vez en cuando, debida a Baudelaire, sobre el *flâneur* parisino: el pintor que se autocamuffa entrando y saliendo de entre las multitudes parisinas, para acabar retornando a su estudio y pintando lo que ha visto. El profesor Mitchell afirma en *City of Bits*:

Mi nombre es wjm@mit.edu (aunque tengo muchos alias) y soy un flâneur electrónico. Estoy en la red.

Y desde hoy, profesor Mitchell, también está entre los miembros honorarios del claustro de esta universidad. Gracias.

He dicho.

Llorenç Valverde i Garcia
*Vicerector de Tecnología de la
Universitat Oberta de Catalunya*

DISCURSO DEL SR.
WILLIAM J. MITCHELL

Es un gran honor para mí aceptar el título de doctor *honoris causa* de la UOC.

Siempre me he sentido especialmente cercano a esta universidad a causa de su compromiso en superar las barreras de espacio y de tiempo a la hora de impartir la educación y su eficaz uso de tecnología innovadora para conseguirlo. Cuando era un niño, vivía en un lugar remoto de Australia, donde mi padre ejercía de maestro en una escuela rural. Tenía una escuela de una sola aula, con pocos libros y casi ninguna posibilidad de comunicación con el exterior. Mi padre era un maestro competente y voluntarioso, pero se encontraba muy limitado por la falta de recursos y acceso a una comunidad intelectual más amplia. Comprobé de primera mano cómo el aislamiento geográfico restringía las oportunidades de aprender.

También pude ver cómo las limitaciones de tiempo y la rigidez de horarios podían crear barreras similares. Los niños a quienes mi padre enseñaba trabajaban por las mañanas y por las tardes en las granjas de sus familias y les quedaba poco tiempo para leer o hacer los deberes. Luego, cuando cumplían catorce años, dejaban la escuela para trabajar a tiempo completo. Las escuelas y universidades a las que ellos podrían haber asistido tenían horarios estrictos. Sencillamente, no había modo alguno de que estos jóvenes pudieran continuar su educación.

Durante los últimos cuarenta años, como todo el mundo sabe, la revolución en informática y telecomunicaciones ha puesto fin a la tiranía de la distancia. Hoy en día, uno puede conseguir acceso a Internet en casi cualquier punto de la faz de la tierra incluidas las más lejanas áreas de Australia. El web se ha convertido en una enorme biblioteca virtual –abierta veinticuatro horas al día, siete días a la semana– y el correo electrónico crea una red global de intercambio social e intelectual. Hay aún vacíos y desigualdades en el acceso, y hemos podido comprobar que la interconectividad también tiene su lado oscuro, pero nadie puede negar que la interconectividad electrónica ha creado una extraordinaria oportunidad para expandir el acceso a la educación y crear nuevas formas de aprendizaje. Mi propia carrera académica –en Australia, Europa y Estados Unidos– ha coincidido exactamente con la aparición y crecimiento de

Internet, y he dedicado mucha de mi energía intelectual a explorar y perseguir esa oportunidad.

La tecnología digital crea las condiciones necesarias para la democratización de la educación, pero por sí misma, no es suficiente. También es necesario, por lo menos, tener instituciones dedicadas a esta empresa, herramientas informáticas adecuadas y educadores que puedan operar de nuevos modos. Algunas universidades tradicionales han hecho importantes contribuciones a la democratización digital; me siento particularmente orgulloso, por ejemplo, de que mi propia institución, el MIT, haya abierto sus recursos mediante la iniciativa Open Courseware. Pero la UOC ha hecho el paso mucho más radical de crear un verdadero campus virtual que sirve a los estudiantes dondequiera que estén, cuando ellos lo deseen. Las tecnologías y estrategias de educación en red continuarán evolucionando, y el modo en que se hacía a principios del siglo XXI acabará siendo tan anticuado como lo son ahora las universidades de patio interior gótico de antaño —y los esfuerzos pioneros de la UOC, estoy seguro, serán recordados como realmente innovadores.

Una de las tareas alegres de una institución que toma un camino radicalmente nuevo es la de inventar sus propias nuevas ceremonias —a menudo, en el proceso, renovando antiguas tradiciones. Es para mí un placer no sólo estar en Barcelona para aceptar un doctorado *honoris causa* de la UOC, sino también participar en este proceso de invención y renovación. Gracias.

William J. Mitchell
*Professor of Architecture and Media Arts and
Sciences at Massachusetts Institute of Technology*

LAUDATIO
JORDI PUJOL I SOLEY

Es un honor, pero no es fácil. ¿Cómo presentar al claustro de la Universitat Oberta de Catalunya a una personalidad como la de Jordi Pujol, quien, más que necesitar ser presentado, podría ser quien nos presentara a todos nosotros –y a muchísimos más– sin correr el riesgo de confundir fisonomía, nombre, población, familia y actividad profesional? ¿Cómo deciros “quién es” el Honorable Jordi Pujol? Lo conoce todo el mundo, no sólo porque ha ejercido la más alta representación del país durante veintitrés años, sino también porque su excepcional capacidad de comunicación nos ha aproximado no sólo a las intenciones del político, sino también a las convicciones, los sentimientos o el carácter de la persona. ¿Cómo proclamar los méritos contraídos con la Universitat Oberta de Catalunya de quien, justamente, la hizo posible en 1995? Por tanto, no es fácil hacer su “alabanza” porque es evidente. Muy evidente.

Y, por consiguiente, evito insistir en la obviedad: eludo mostrar al claustro de la Universitat Oberta de Catalunya los méritos de Jordi Pujol: no hablaré de su personalidad política, respetada y reconocida en el su país y fuera, no hablaré del hecho de haber situado el mundo universitario como una de las prioridades de su acción de gobierno, ni de cómo esta universidad tiene –y tendrá para los restos– una deuda de gratitud hacia quien la impulsó, la fundó y veló por ella, con orgullo, durante tantos años, ni –menos aún– hablaré de mi gratitud personal hacia quien me confió este proyecto al que procuré servir con todas mis fuerzas para no decepcionarlo a él ni al país. Lo sabéis y no insistiré en ello.

Permitidme que os recuerde, sin embargo, que la fundación de la Universitat Oberta de Catalunya no fue el fruto maduro de una situación que hiciera indefectible y casi previsible su creación. La UOC, bien al contrario, fue una novedad sin precedentes tecnológicos, académicos o jurídicos seguros. Más aún, algo de la UOC contradecía los hábitos –y, en este sentido, los intereses– de muchos de los que debían aprobarla y, a pesar de ello, el Parlamento aprobó su creación por unanimidad. Y dicha unanimidad respondía a una sintonía con grupos políticos, entidades financieras, periodistas y universidades catalanas sin cuya opinión –de todos ellos– la mencionada aprobación y el proceso que condujo hasta ella, no habría sido posible. Y eso pasaba porque todo el mundo entendía que Cataluña no tenía futuro si, al mismo tiempo que nos arraigábamos a nuestro pasado histórico y a nuestras tradiciones nacionales, no nos abríamos también y nos situábamos en la vanguardia de la innovación. Las decisiones vienen después, pero son los estados de opinión los que

las hacen posibles. Pues bien, de pocos políticos de aquellas horas se podría decir con tanta razón como puede decirse de Jordi Pujol que esta idea –la de la urgencia de estar al frente de la innovación– era central en su programa. Él la expuso clara y reiteradamente.

En uno de sus primeros escritos¹ afirmaba lo que será una constante de su pensamiento: “Yo soy un tradicionalista –escribía– en el sentido de defender todo aquello que en buena parte nos viene del pasado, que hace que seamos lo que somos. Pero, en cambio, creo que sólo en la aceptación del futuro podemos encontrar nuestra salvación”. Y este futuro, ahora lo veremos, Pujol lo hallaba en la innovación. Más aún, creía que la autonomía era un mero instrumento para no perder el tren de la innovación que nos resulta esencial como pueblo. Escribía a continuación: “En mi conferencia de «las terceras vías» me referí a nuestra capacidad de innovación y a que, si perdiéramos nuestra viabilidad como pueblo, [la innovación] se vería amenazada. Porque «Cataluña no es un país agarrado a la cima de una cordillera, o encerrado en el fondo de unos valles o enganchado a una costa abrupta y de traspais difícil. Cataluña es un país de marca, un país de paso. Es un país abierto a todos los vientos. Es un país, por tanto, en el que no sirven las actitudes defensivas [...] nos hace falta recurrir a la imaginación y a la audacia, que son virtudes que tenemos. Para decirlo más concisamente –sigue escribiendo–, debemos ser fieles y al mismo tiempo innovadores. Somos un pueblo de gran permanencia, pero de una permanencia que se mantiene a través de un cambio constante [...]”. Valgan estos fragmentos como muestra –y una muestra de 1975– de los muchos textos que reiteran esta idea y pautan el curso de su pensamiento.

Naturalmente, con esta mentalidad es lógico que aceptara el reto de una universidad tan innovadora –innovadora y arriesgada en tecnología, en modelo académico y en encaje jurídico– como la UOC. Permitidme dos comentarios sobre esta actitud. Primero, que sin autonomía –sin Generalitat, quiero decir– no existiría la UOC y que sin un gobierno de la Generalitat convencido, como lo estaba Pujol, de que en la innovación estaba comprometida la supervivencia de nuestra comunidad como comunidad nacional, tampoco. Y, segundo comentario, que ésta es una actitud profundamente universitaria porque sin esta pasión por la innovación no hay investigación y la docencia se enmagrece en la mera reiteración. La universidad no es una isla, y sólo en un contexto en que se valora, se estimula y se apoya la innovación, la universidad es posible.

1. Jordi Pujol (1976). *Una política por Cataluña* (pág. 10). Barcelona: Editorial Nova Terra.

El país, creo, respondía a esta mentalidad y el motor más tozudo de esta doctrina era –desde 1975, que tengamos constancia– quien hoy será investido doctor por esta universidad.

Sin embargo, no nos sentiremos orgullosos de incorporarlo a nuestro claustro de doctores sólo por lo que pensaba y piensa, sino también por lo que ha hecho y hace. Me parece que éste es un doctorado no solamente *honoris causa*, sino también *laboris causa*. Y es que Jordi Pujol ha convertido este pensamiento en orientaciones de gobierno, en decretos y leyes durante veintitrés años. Una de estas leyes, exactamente la 3/1995, de 29 de marzo, reconocía la Universitat Oberta de Catalunya, que había sido creada el 6 de octubre de 1994.

Pero no es únicamente en su función de gobernante donde hallamos su influencia en la creación de este estado de opinión a favor de la conciencia de que sólo en la vanguardia tecnológica podríamos preservar las raíces y proyectarnos hacia el futuro. Jordi Pujol ha reiterado su mensaje –y no sólo el de la innovación– de una manera tan constante y, digamos, “pedagógica” que alguna de sus intuiciones y convicciones se han integrado en el pensamiento del catalanismo con la naturalidad de lo que casi no hay que discutir porque es evidente. Y eso también es muy universitario: porque es universitario pensar para transformar, innovar para compartir los beneficios de la innovación, saber para transmitir, enseñar e investigar para mejorar la vida de la comunidad. Si algún sentido tiene la exigencia y el rigor en la labor universitaria es justamente por su influencia y, en otras palabras, por el sentido social que ha de inspirar su trabajo.

Esta *laudatio* del futuro doctor tiene un vastísimo campo donde aplicarse y podría haberla dirigido a muchos aspectos de su personalidad que lo merecerían, pero yo he preferido centrarla en el hombre que ha transformado el país y que lo ha hecho avanzar, porque creo que estas condiciones son las que han permitido que una idea innovadora no tan sólo encontrara la sintonía del presidente y su determinación política –que no es poco–, sino también una mentalidad social muy abierta que había hecho posible el pensamiento político y que estaba ilusionada con una institución como la Generalitat que todos, en aquellos momentos, queríamos empujar y ayudar a emprender el vuelo.

Pero hay todavía un tercer aspecto de la personalidad de Jordi Pujol que es muy universitario y ha sido determinante para nuestra institución:

el modo como ha asumido las propias responsabilidades. No basta con saber y hacer: hace falta hacer lo que hace falta con todo el riesgo que supone actuar de acuerdo con las propias convicciones y hacerlo con el coraje y la determinación de quien conoce bien sus responsabilidades. Sin este carácter resolutivo y responsable, el proceso de la UOC se habría quedado empantanado en despachos y salas de reunión. El Honorable Jordi Pujol sabía lo que quería y los demás sabían que él lo quería. Por eso hoy celebramos esta solemne sesión en la Universitat Oberta de Catalunya.

Y, ahora, abandono el espacio político para entrar en el de la formación. Porque, como ha escrito² también Jordi Pujol, la universidad tiene que ser “una auténtica escuela de formación de hombres y no de simple cultivo de la inteligencia”. Y los universitarios que tenemos el inmenso privilegio de poder-nos formar, asumimos con este privilegio más responsabilidades. Ya sé que ahora friso el sermón moral, lo cual puede parecer a muchos poco académico; en cambio, a mí me parece que lo es mucho, y es que estoy de acuerdo con lo que escribe Jordi Pujol en un texto de 1979: “La universidad tiene que servir para aprender a distinguir lo esencial de lo accesorio, a amar unos valores y unas realidades que duran más que los hombres”. Es decir, que para ser miembro de este claustro de doctores no son accesorias las virtudes morales que son exigibles a quienes han tenido el privilegio de formarse en una universidad: arriesgarse a pensar y a hacer. Jordi Pujol ha sido ejemplar a este respecto. Su patriotismo ha sido un motor de pensamiento –el pensar– y de determinación civil –el hacer–. Por eso tenemos la Universitat Oberta de Catalunya y, por eso también, me siento orgulloso proclamar sus méritos para obtener de este ilustre claustro la condición de doctor *honoris causa*. Es la UOC la que se enriquece con una personalidad como la suya, que ha pensado, ha actuado y ha tenido el coraje necesario para servir al país y transformarlo. Por todo eso el Honorable Jordi Pujol merece este doctorado y nuestra gratitud.

Gabriel Ferraté i Pascual
Rector de la Universitat Oberta de Catalunya
del 1994 al 2005

² Jordi Pujol (1979). *Construir Catalunya* (pág. 89). Barcelona: Pòrtico.

DISCURSO DEL SR.
JORDI PUJOL I SOLEY

EL POLÍTICO ANTE EL CAMBIO

Excelentísima y Magnífica Señora Rectora, distinguidas autoridades académicas, señoras y señores,

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento por el honor que me brinda la Universitat Oberta de Catalunya nombrándome doctor *honoris causa*. Un nombramiento de tal calibre es siempre motivo de satisfacción, pero, como ustedes comprenderán por el contenido de mi discurso, viniendo de la Universitat Oberta de Catalunya, este placer es especialmente grande.

Muchas gracias.

He tenido dudas sobre el tema de mi discurso de doctorado. Alguien me sugirió que hablara de lo que yo llamo el IVA, y que es el núcleo central del trabajo que intenta llevar a cabo la Fundació Centre d'Estudis Jordi Pujol. Aclaro, por si alguien no lo sabe, que en este caso IVA no quiere decir 'impuesto sobre el valor añadido', sino 'ideas, valores y actitudes'; es decir, hablar del hecho de que, si bien un país necesita partidos políticos y empresas, universidades y escuelas, sindicatos y profesionales de todo tipo, además, y en parte sobre todo, necesita ideas claras –sobre qué es y qué quiere ser–, valores sólidos, convicciones fuertes y actitudes positivas, actitudes constructivas. Asimismo podría haber hablado de lo que llamo “la moral de la responsabilidad”, o “la construcción de una sociedad responsable” o “el rechazo de la moral de la desvinculación”. O bien también podría hablar de la UOC, porque yo mismo y mi gobierno tuvimos un papel en su creación.

Pero la idea de la UOC me ha sugerido otro tema: el del cambio, el de la transformación que vive nuestra sociedad, justamente porque la UOC es un ejemplo de buena respuesta a este gran reto. No siempre ni el país ni la Generalitat ni yo mismo lo hemos hecho tan bien. En este caso, sí. En gran parte porque hubo quien tuvo ideas claras sobre la necesidad de una universidad así y supo convertir la idea en realidad. Me refiero, naturalmente, al Dr. Gabriel Ferraté. Quizá por eso me induce a hablar del cambio en general, del cambio que hemos vivido durante los últimos años y de la revolución que ahora vivimos; de un cambio rápido, profundo, que lo sacude todo.

Permítanme que hable un poco desde mi experiencia de político, y más aún de político de gobierno, que les hable de cambio, y de crisis: cambio o crisis de principios de los ochenta, una crisis muy grave, crisis económica y social, crisis de un modo de hacer. Mucho y mucho desempleo. Las empresas cerraban una detrás de la otra. El primer objetivo era simplemente parar golpes, y mantener la moral de la gente, y aprovechar todo lo que fuera positivo –todas las pequeñas victorias– e ir repitiendo y recordando todo lo que teníamos de bueno, todos los triunfos que a pesar de todo teníamos. Una frase recurrente de mis discursos de entonces era “No tengáis miedo”. No tengáis porque tenemos esto y esto y aquello, y porque tenemos una experiencia de superación de crisis. “No tengáis miedo”: salvar la moral de la gente, la confianza de la gente.

Y hacer cosas, naturalmente, y hacer que lucieran: desde carreteras hasta escuelas, aunque fuera con endeudamiento, y mensajes, desde la Dirección General de Investigación y Universidades hasta ir a Japón, a veces rozando el ridículo; en 1980 un presupuesto de 50 millones para Investigación y Universidades: ridículo, a duras penas para pagar unas cuantas becas y comprar un par o tres de Beckman en algún laboratorio. Eso y nada era lo mismo, pero es que todavía no teníamos traspasadas estas competencias. Y, de hecho, en gran parte no nos las han traspasado nunca. Lo que la Generalitat ha hecho de investigación lo ha tenido que hacer a través de las universidades, que en su día sí que nos fueron traspasadas. En realidad, en el año 1980, en Investigación y Universidades no teníamos que poner nada; pero era un gesto, casi ridículo, repito, y acompañado de otro gesto, éste no ridículo: nombrar director general a un hombre de prestigio indiscutible, Ramon Pascual. Todo ello venía a decir: ahora no haremos nada o casi nada, pero indicamos el camino que hay que seguir, el camino que seguiremos y que se ha seguido. Esta universidad, la UOC, confirma que ha sido así; y, por ejemplo, la magnífica tarea de Mas-Colell de 1998 a 2003, también. Y creo poder decirlo sin caer en partidismo político.

O bien, en el campo de los mensajes y del discurso (no digo de los discursos, sino del discurso): ir a Japón. ¿Por qué a Japón? Para captar inversiones japonesas, para ver si podíamos exportar algo, pero sobre todo –ya que sorprendía que uno de los primeros viajes oficiales de la Generalitat fuera precisamente a Japón– para decir a los catalanes, entonces un poco apocados y asustados, que nuestro mundo es el Mundo,

que nuestro mundo puede ser el Mundo y que nuestro mundo será el Mundo. Y eso se dice más claro y con voz más fuerte si vamos a Japón que si vamos a Tolosa o a Milán o incluso a París, adonde también tenemos que ir, y mucho.

A eso me refiero cuando digo el discurso, no los discursos ni discursillos: un discurso, es decir, el argumento, que explica o simplemente que sugiere un proyecto, un horizonte. Y en un momento de cambio o de crisis, que entonces también era de desorientación, y en algunos sectores de inmadurez política y psicológica y en otros de angustia, eso es tan importante como las acciones concretas que se llevan a cabo.

Teníamos la suerte, por aquella época, de que mucha gente era agradecida, valoraba lo que se hacía, aunque fuera modesto, algo que ahora pasa menos. Ahora mucha gente –no toda, pero mucha– está harta, va sobrada y no valora nada, o lo valora poco. Lo puedo decir con la tranquilidad que me da no ser ya un político en activo.

Bien, el caso es que el país aguantó, se recuperó, volvió a crecer. Hubo un gran cambio.

Hubo una relativamente rápida maduración del país y una recuperación económica notable, y también un avance social muy considerable. La Generalitat se consolidó y reafirmó, hubo una sensación de autogobierno. Se consolidó la cohesión social del país, y la gente lo notó. La gente interiorizó aquello de “nuestro mundo es el Mundo” y actuó en ese sentido. Y hubo algunas grandes iniciativas de orígenes institucionales diversos, y una especialmente espectacular, la de los Juegos Olímpicos de Barcelona: simbolizaron esa recuperación del temple y la confianza del país.

No todo estuvo tan logrado. Ahora nos damos cuenta de que la orientación que tomamos en el tema de la enseñanza tiene puntos débiles importantes, por ejemplo. Pero también aquí se optó por un gran cambio, técnico y sobre todo ideológico. No creo que se pueda hablar de fracaso –sería injusto e inexacto–, pero en todo caso sólo de un éxito a medias, con el peligro de devenir fracaso.

Todo ello es la historia de un cambio, de un cambio muy grande, de un cambio en términos generales de resultados satisfactorios, en parte

pilotado por los políticos, pero en parte también –y en parte importante– por una sociedad que respondió bien.

* * * * *

Situados en la primera mitad de los años noventa, pareció que se abrían perspectivas francamente positivas. A pesar de que, sorprendentemente, la ilusión y el optimismo de los Juegos Olímpicos se desvanecieron muy rápidamente a causa de la crisis económica de los años 91, 92, 93, se recuperaron pronto. Tuvimos la sensación de que salíamos de la crisis económica, y era verdad; que Europa, y la UE iban definitivamente hacia delante y que de ello nos beneficiaríamos mucho; que se iniciaba una nueva etapa de diálogo con España; que el Mediterráneo y el sur de Europa ganaban peso; que en la problemática de la inmigración –gran preocupación de los años setenta y ochenta– se había progresado en el sentido de cohesión y convivencia, también de consolidación identitaria catalana y de buen funcionamiento del ascensor social, que, por cierto, es una condición básica para la buena marcha del país e incluso para el mantenimiento de su identidad. El caso es que al final de los años noventa, más allá de la coyuntura, y en previsión de entrar en una etapa nueva –de la que no sabíamos definir exactamente ni el alcance ni el contorno–, mandé hacer un estudio de prospectiva de cómo podía ir Cataluña desde entonces, 1992, al año 2010.

Con toda sinceridad tengo que decir que no sé si supimos –o supe– prever toda la magnitud del cambio que se nos venía encima ni su rapidez, la aceleración que ha habido ni si nos hemos sabido adaptar lo suficientemente bien. A veces quizás es que no hemos podido hacerlo, porque Cataluña siempre ha tenido que actuar con muchas limitaciones políticas y económicas. Puede haber un poco de todo.

Tengan bien presente que el teléfono móvil aparece a gran escala en el año 1994 y que Internet no se generaliza, es decir, no penetra en las oficinas ni en los hogares hasta 1996. Recuerdo que al principio de mi presidencia una de las iniciativas que mi gobierno tomó fue la creación de algunos centros de enseñanza gratuita y no oficial –es decir, sin título ni nada– de manejo de los ordenadores. Aún no existían ni las academias que al cabo de poco aparecieron como setas y que hicieron innecesarios los centros de la Generalitat. Eso da idea del cambio.

Piensen que en 1989 todavía no se hablaba de China. Aparte de Felipe González, creo que fui el primer político español que fui, con Montserrat Caballé y gente del mundo de la cultura, pero sobre todo con empresarios. Peyrefitte, un político francés, había escrito años antes *Quand la Chine s'éveillera*, donde pronosticaba que aquel día el mundo cambiaría de arriba abajo. Y así ha sido. Pero en 1989 –y justamente coincidí en Pekín con los hechos de Tiannanmen– todavía pocos creían, o creíamos, en China. Yo creía, y creía en la evolución que después ha tenido, y la prueba es –y probablemente eso no es ningún motivo de orgullo para mí– que no quise condenar rotundamente los hechos de Tiannanmen. En eso también coincidí con Felipe González.

Y el Muro de Berlín cayó, en noviembre de 1989. No nos cogió del todo por sorpresa. La prueba es que en primavera de 1989, siendo yo vicepresidente de la Asamblea de Regiones de Europa y siendo presidente el presidente del Véneto, Bernini, decidimos que a final de octubre celebraríamos la asamblea anual en Viena. ¿Por qué en Viena? Porque, decíamos, el mundo soviético se va desheliendo y una de las formas de manifestarse el ansia de libertad es a través de las regiones. Y es una forma más tolerada que los partidos políticos. Y Viena es para los centroeuropeos y los europeos orientales el lugar natural de contacto con Occidente, y de hecho con la democracia.

Y lo hicimos así y fue un éxito. Pero otra vez la rapidez y magnitud del fenómeno nos superó. Un mes más tarde todo el bloque soviético se desintegraba y nos creaba una situación política, económica y psicológica nueva, una situación que nos obligó a coger otra vez el avión, esta vez para ir a Wolfsburg, a la sede de Volkswagen. Dos veces habíamos colaborado ya, eficazmente, en hacer que VW continuara apostando por España, y más específicamente por Cataluña, y no había sido fácil; pero al final ya era un hecho que VW y SEAT construyeran una gran, nueva y muy moderna fábrica en Martorell. Ahora bien, con la reunificación alemana, y con la incorporación de lo que entonces era Checoslovaquia, todo eso podía peligrar. No fue así, pero desde entonces la amenaza de los países centroeuropeos se ha cernido sobre nosotros. Y nos obligó a hacer un marcaje muy de cerca de las decisiones de VW.

Permítanme una anécdota que explica bien la situación, el reto de la innovación y la presión del cambio. Un día en Wolfsburg el presidente de VW, el señor Ferdinand Piëch, con su estilo bastante duro, me dijo: “Señor presidente, lo felicito. Lo que ustedes han hecho en Cataluña

durante los últimos años es magnífico. Cataluña ha progresado mucho”. Pausa. “Pero, si continúan así y no cambian mucho más, están perdidos”. Me quedé, claro está, muy sorprendido. A continuación, cogió un papel y dibujó tres puntos: uno en el medio –”Esto es Cataluña”, dijo–, uno en la parte inferior derecha –”Esto es Bratislava”– y otro en la parte superior izquierda –”Y esto es Wolfsburg”-. Prosiguió: “Si ustedes se quedan donde están o, peor, quieren competir con Bratislava, están perdidos. Ustedes sólo pueden salvarse si llegan a ser como Wolfsburg”. Dejando al margen el hecho de que en la actualidad Wolfsburg está francamente mal, el sentido de la frase es evidente, y lo que eso tenía de reto para SEAT y en general para Cataluña.

Todo eso, repito, pasaba a la vista de un gran cambio en Europa, en España y en Cataluña, de una gran crisis, en positivo o en negativo, porque: miremos qué ha pasado durante los noventa y hasta ahora.

Primero, la irrupción de las nuevas tecnologías, los móviles y la generalización de Internet, que ya he mencionado, y de todas las TIC; además, la globalización en todos los órdenes –económico, político, cultural, etc.–, con algunas consecuencias especialmente amenazadoras para nosotros, como las deslocalizaciones (atención, amenazadoras y prometedoras; quizá más prometedoras que amenazadoras, pero en todo caso problemáticas), con especial incidencia de fenómenos tremendamente desestabilizadores, como la irrupción de China, de la que hace sólo diez años se hablaba todavía bien poco.

Detengámonos un momento en este punto. No puede decirse que ello cogiera a Cataluña del todo desprevenida. En el terreno económico fuimos los primeros en España –a excepción de algunas grandes empresas bancarias o del tipo Telefónica, Repsol, etc.– que empezamos a situarnos fuera, desde Marruecos hasta China pasando por los países del Este. En el terreno intelectual Cataluña elaboró una doctrina que hacía compatibles la globalización y las identidades. En el terreno político defendimos la idea de una Europa fuerte. En el marco español sugerimos, a unos y a otros, que se podía iniciar lo que llamábamos un nuevo ciclo histórico. Sin embargo, hemos de admitir que la oleada nos ha sobrepasado. No nos ha ahogado, no nos ha destruido, pero nos ha sobrepasado, a nosotros y a toda Europa. Hay una crisis que Europa nota mucho, que Cataluña podría notar por poco que nos encantemos, que España cree que no la afecta, pero que es muy posible que se la encuentre encima dentro de tres o cuatro años.

No hay que insistir en la crisis europea: evidente, penosa en más de un aspecto; un continente miedoso –miedoso en los asuntos internos, miedoso de cara al mundo–, con un pensamiento político e intelectual envejecido, con una demografía decadente, sin liderazgo. Y ello afecta a Cataluña; lo que no es óbice para que continúe teniendo muchos activos, de todo tipo, y para que el equilibrio del mundo esté en movimiento y que, por tanto, Europa tenga posibilidades, si es capaz de superar su desconcierto y su relajamiento. Y otro gran reto europeo y más aún catalán: la inmigración.

Hacia 1990 anuncié, con satisfacción, que en Cataluña el tema de la inmigración estaba resuelto. No era exactamente verdad, lo reconozco, ni nuestra identidad estaba lo suficientemente consolidada, pero el grado de cohesión de nuestra sociedad y el grado de convivencia, y de aceptación general de la catalanidad (aceptación no siempre acompañada de la vivencia necesaria, pero social y políticamente efectiva), tenían bastante consistencia y peso, e iban acompañados, además, de un progreso económico y social muy fuerte y de un buen funcionamiento del ascensor social, y con un grado suficiente, además, de autoestima colectiva para que forzando un tanto la nota –lo justo para acabar de infundir confianza y ambición– pudiéramos decir que la inmigración ya no era problema. Y más cosas: por ejemplo, que debíamos aspirar a estar presentes en Europa o que podríamos desempeñar un papel muy determinante en ella. Pero ahora hablamos de inmigración.

Nuestra afirmación de entonces ha devenido errónea. Y la inmigración es un hecho de gran trascendencia, por todas partes, y especialmente en Cataluña.

Cabe decir que la Generalitat fue la primera en darse cuenta del error. Por eso ya en 1998 impulsó a través del grupo parlamentario de CiU en el Congreso de los Diputados un proyecto de ley de inmigración. Ya había bastante inmigración, pero sobre todo se intuía la llegada de la avalancha. La veíamos venir, con todas sus consecuencias.

Por un descuido de todos –también nuestro– y por la mentalidad que se había ido creando, muy irreal y angélica, la ley salió mal y se tuvo que cambiar poco después. Fue uno de los casos en que se puso de manifiesto el doble lenguaje de muchos políticos, especialmente de muchos autodenominados progresistas. Venían y te decían: “Pujol, ya que

podéis hablar con el Gobierno, procurad que la Ley no sea tan permisiva ni tan abierta”. El discurso público era otro, del todo diferente.

Ahora no entraré a analizar si la inmigración, en el modo como se produce, es un problema o es un reto o es una oportunidad, o si es una necesidad. De hecho, lo es todo al mismo tiempo. No entraré en su influencia en la economía o en lo que representa para la cohesión social o, sobre todo, lo que puede significar para la identidad catalana. Simplemente quiero decir que por la forma, las características y el volumen con que se ha producido ha desbordado ampliamente nuestras previsiones, o las más, para no rehuir ningún tipo de responsabilidad. Y ello se nota desde hace cuatro o cinco años en la escuela, la sanidad, la asistencia social, etc., y en el mercado de trabajo y en la situación lingüística... Probablemente era muy difícil hacer más de lo que hemos hecho, pero de todo ello dejo constancia como de un caso de no –o no lo bastante– previsión del cambio o de respuesta insuficiente, o quizá de imposibilidad de respuesta suficiente.

A todo lo expuesto hay que añadir más cambios que se han producido durante los últimos diez años, a veces sólo durante los últimos cinco años: una crisis del pensamiento europeo y también de los valores sobre los que se había sustentado en gran parte nuestra sociedad, crisis que quizá tendría que llamarse simplemente cambio, sin prejuzgar si es para bien o para mal; pero un cambio tan radical y tan acelerado –subrayo, tan acelerado– que provoca fácilmente perplejidad y desconcierto. Y ahora vivimos, en la perplejidad y el desconcierto, en Europa y en Cataluña.

Y aún podemos añadir la crisis española. No sé si en España acabará habiendo el mismo tipo de crisis que hay en muchos países europeos. Por ahora no. Tardaremos tres o cuatro años en saberlo, pero la crisis en la relación entre Cataluña y el resto de España ya existe, y fuerte.

* * * * *

El caso es que nuestras previsiones de 1993, sobre las que todos (políticos, mundo económico, mundo cultural, etc.) habíamos tratado de estructurar nuestra acción, se han desbordado. Y lo han hecho por lo que se refiere al crecimiento de la población, claramente y con características más complicadas de las previstas. Comúnmente afecta a nuestro sistema social y vuelve frágil el catalán y en general la percepción identitaria.

También es cierto que económicamente hemos crecido más de lo que preveíamos, en parte gracias a la inmigración. Y también es cierto, en cambio, que el proceso de modernización e innovación del país, a pesar de ser evidente, no es suficiente. Hay tres factores de crecimiento que han tomado un impulso superior a lo que preveíamos, y son tres factores con claroscuros desde el punto de vista de nuestro desarrollo futuro, a saber: la construcción, el consumo y la inmigración. Hacen crecer, pero no nos hacen ni más competitivos ni elevan nuestro techo de excelencia.

Y –ya lo he dicho, pero lo repito por la importancia que tiene– la evolución política, tanto española como europea, también en ciertos aspectos no ha ido exactamente por donde preveíamos que iría.

No es que nos tengamos que echar las manos a la cabeza. Somos parte de un problema europeo, somos parte de un problema español –por estas fechas un poco disimulado, pero también presente– y tenemos nuestro propio problema catalán. Por otra parte, si bien es cierto que en determinados aspectos nos hemos visto desbordados, también lo es que se han hecho muchas cosas que indican que no ha habido ni hay pasividad. Un ejemplo es la UOC, un ejemplo, por cierto, brillante; brillante por lo que representó de respuesta rápida a las nuevas tecnologías y brillante, más aún, por su excelencia. Es un motivo de orgullo del país y de respeto y consideración por parte de los de fuera.

Otro ejemplo: el sincrotrón, que viene de lejos, de mediados de los años noventa, pero que justo hace poco empieza a hacerse realidad.

Otro ejemplo, con el que no sé si todo el mundo estará de acuerdo: el intento fallido de conseguir el ITER y la realidad mucho más modesta pero tangible e importante de la oficina de gestión del ITER, poca gente pero muy cualificada. Era un intento imposible, sobre el cual muchos han hecho broma; pero no olviden una cosa: el mejor informe científico según la comisión científica internacional del proyecto era el de Vandellòs. Era un proyecto que básicamente impulsaba el gobierno central, es cierto, en el que, sin embargo, Cataluña contribuyó con decisión, y que en todo caso pone de manifiesto, rotundamente, que el nivel científico del país ha mejorado muy sensiblemente.

Otro ejemplo: toda la política científica que se ha desarrollado desde hace ocho y diez años con la ICREA y la creación sistemática de institutos

con vocación de excelencia, y el nuevo gran ordenador y un muy largo etcétera, y todo el proyecto global de desarrollo científico que se preparó a tal efecto –que confío el Gobierno llevará a cabo y que representará un nuevo salto cualitativo considerable– y más recientemente el Parque de Investigación Biomédica.

Podría continuar con más ejemplos, pero no corresponde hacerlo, no toca; podría incluso mal interpretarse. Lo que simplemente les quiero decir es que, justamente porque todo ha ido tan deprisa, el esfuerzo de transformación del país es más urgente que nunca.

* * * * *

Intentaré resumir en términos más impersonales y menos coyunturales lo que digo, sobre el cambio y la política, sobre la política en momentos de cambio, sin la pretensión de pensar que soy un maestro que nunca yerra; pero en cualquier caso soy una persona con cierta experiencia.

En primer lugar hay que tener discurso; no discursitos o declaraciones de un día para otro. En todo caso, las declaraciones, pocas o muchas, deben ajustarse al discurso, al argumento central, un discurso político y también ideológico e intelectual. Uno de los políticos que durante siete u ocho años –ahora ya no es exactamente así– ha conducido más hábilmente un proceso de cambio ha sido Tony Blair, que se ha apoyado en el discurso más teórico de Giddens para defender cambios importantes en la sociedad.

Partimos de la base de que en momentos de crisis lo que más peligra es la confianza. Y lo primero que debe recuperarse es la confianza de la gente, en sus dirigentes y sobre todo en ella misma, y ello requiere liderazgo, que un buen discurso ayuda a ganar. Pero hace falta, además, un estilo, un modo de hacer, de decir o de hablar con personalidad, diferente según las personas y las circunstancias, pero siempre propio, y son necesarios gestos, momentos en que el liderazgo se hace evidente o anécdotas que refuerzan la confianza de la gente.

Todo eso tiene que servir para aguantar, para resistir, pero también para fijar un horizonte y una meta, que a veces necesariamente es larga y dificultosa, y el horizonte lejano. No importa. En todo caso, las cosas son como son; sin embargo, si el discurso es bueno, si el estilo es convincente, si el lenguaje es sincero, si los dirigentes dan la sensación de saber hacia

dónde van, si se ha podido ir acumulando credibilidad, la gente acepta que el camino sea largo.

Pero es bueno que haya resultados concretos, progresos, aunque sean modestos, y hay que subrayar su valor. Recuerdo que durante los años de crisis política, económica y social muy fuerte tratábamos de hacer cosas concretas, aunque fueran modestas o tuviéramos que endeudarnos en algún momento, y tratábamos de presentarlas con ilusión. Y la gente las acogía con ilusión, más de la que muestran ahora ante realizaciones y progresos mucho más importantes.

Asimismo, cabe considerar que en momentos de crisis hay ideologías y actitudes que favorecen la reacción y otras que la entorpecen. Hoy, por ejemplo, las ideologías y las actitudes dominantes, en Francia y en Italia frenan, hacen imposible la innovación y en general las reformas. En Cataluña también nos pasa, aunque quizá con menos gravedad, de momento, pero con más riesgos porque somos un país menos protegido.

Todo eso es especialmente importante para nosotros en el momento presente, un momento caracterizado por la obtención –confío– de un Estatuto mejor, es decir, de la obtención de una herramienta de trabajo mejor que la que hasta ahora hemos tenido. Pero una herramienta de trabajo da mucho, poco o ningún rendimiento según la pericia y la capacidad de esfuerzo de quien la utiliza. No me refiero al hecho de que el Gobierno sea bueno –de eso no toca hablar ahora y aquí, bajo ningún concepto–, me refiero al país en general, que no se encuentra en una situación de crisis como la de comienzos de los ochenta, en muchos aspectos más nublada pero que, en contrapartida, ofrecía más capacidad de ilusión y de disponibilidad positiva.

Vivimos una crisis en el sentido de encrucijada, o de cambio de rasante, y de cierto desconcierto. En circunstancias similares también se necesita aquella percepción del momento, aquella capacidad de servirse de todos los recursos, de combinar sentimientos y racionalidad que antes explicaba; pero, además, hace falta que el país esté impregnado de ideas movilizadoras, de un pensamiento movilizador, de un pensamiento que no se muerda la cola.

Esto es trabajo de mucha gente; también del mundo académico, del mundo intelectual.

Y precisamente por ello me complace tanto ser nombrado doctor *honoris causa* de esta universidad, precisamente de ésta, que conozco desde el principio, de la que conozco la motivación primera y el espíritu de innovación, el espíritu resolutivo de algo que también era una encrucijada, la del reto de las nuevas tecnologías, de la formación como condición primera de progreso, la de la universalidad –“nuestro mundo es el Mundo” –, la del optimismo creativo, de la ambición; también la de la fidelidad a nuestra identidad, la identidad que tiene que seguir siendo la de las raíces, la de la continuidad, pero también la del proyecto; la de un país renovado y del ascensor social.

Por tanto, les doy las gracias por la distinción, pero sobre todo por lo que han hecho por Cataluña, entre otras cosas en el sentido que antes les decía: el de hacer una cosa bien hecha, de aquellas de las que la gente puede sentirse orgullosa, que les dan confianza en el país, que afianza su seguridad en el futuro.

* * * * *

Permítanme acabar con lo que me decía un estudiante catalán de Irvine, que ha vuelto después de siete años de estudiar y trabajar en California: “Vuelvo porque creo en el país. Y tengo la impresión, después de siete años, de que vivimos momentos relativamente fáciles, pero con un futuro incierto, que será más incierto si el país se duerme y los políticos se distraen”.

Me parece un buen diagnóstico. La UOC y otras iniciativas son una garantía de que somos capaces de no dormirnos.

Repito: muchas gracias.

Jordi Pujol i Soley
*Presidente de la Generalitat de Catalunya
del 1980 al 2003*

***DISCURSO DE CIERRE DE LA
RECTORA DE LA UOC***

Hoy, la Universitat Oberta de Catalunya rinde un solemne reconocimiento a los méritos del presidente Pujol y del profesor Mitchell. Y lo hace como pueden hacerlo las universidades: invitándolos, *honoris causa*, a formar parte de nuestro claustro. Como es habitual en estos rituales académicos, se han considerado dos condiciones básicas para conferirles este grado: la calidad de su actividad profesional y la sintonía con esta universidad. De la primera condición ya han hablado los ilustres colegas que han hecho la *laudatio*. Sólo me queda añadir que estos méritos tienen, para nuestra comunidad académica, un valor de ejemplaridad que quiero subrayar en uno y otro caso.

Es la sintonía, sin embargo, la clave de bóveda de nuestra gratitud. Uno y otro han sido determinantes –uno en su creación, y el otro en su consolidación– para esta casa. Y, permitidme decirlo, la gratitud personal que profeso por estas dos personas es también muy grande.

La Universitat Oberta de Catalunya se creó porque el presidente Pujol creyó en ella, y lo hizo cuando Internet todavía era un concepto lejano y el *World Wide Web* no existía. Y el profesor Mitchell aceptó ser miembro de la Comisión Científica de Investigación y de la del Doctorado de la UOC cuando ambas todavía eran sólo un proyecto. Personalmente, recuerdo con gratitud que el presidente Pujol, cuando todavía no era tal y yo acababa de licenciarme, confió en mí precisamente cuando tenía aquella edad de la que todo el mundo desconfía. Al profesor Mitchell, por otra parte, siempre le agradeceré el apoyo que me brindó en un momento en que la UOC aún debía demostrar que podía desempeñar un papel en el mundo de la investigación internacional.

Gracias, pues, a los dos en nombre de la Universitat Oberta de Catalunya, y en el mío propio, y sean bienvenidos a nuestra comunidad académica, que hoy se siente profundamente honrada y emocionada con sus nuevos miembros.

No es casual que en este día el presidente Pujol y el profesor Mitchell compartan el protagonismo de esta solemne sesión académica. Aunque los dos han recorrido una trayectoria vital muy diferente y han incidido, de forma muy diferente también, en hacer posible la UOC de hoy, coinciden en una preocupación intelectual a la que han dedicado muchas páginas: la de la construcción de la identidad. De entrada podríamos pensar que el profesor Mitchell pone más énfasis en la reflexión sobre la identidad individual y que, en cambio, el presidente

Pujol trata más la identidad colectiva; sin embargo, como veremos, los dos, a su manera, contemplan ambas.

El profesor Mitchell, en su *C++*, habla de lo que él llama el ciber-yo, esto es, el yo que se configura en la sociedad red de la que afirma, básicamente, la interdependencia o, en sus propios términos, la “subjetividad nodular”: “Yo no soy un hombre vitruviano encerrado en un círculo perfecto que me da la medida de todas las cosas y desde el que me miro el mundo desde una perspectiva personal. Yo construyo y soy construido en un proceso que impregna mis fronteras permeables y fluidas y mis redes ramificadas e infinitas”¹. Pero al tiempo que constata esta característica del “yo” alerta también sobre los posibles elementos definitorios de la identidad colectiva. De ésta afirma que, si bien las fronteras definen el espacio de los lugares, las redes definen el espacio de los vínculos y los flujos. Por ello escribe: “Muros, vallas y piel dividen. Caminos, tuberías y cables conectan”². Es casi una invitación a parafrasear a Descartes y afirmar que “Me conecto; luego soy”.

El presidente Pujol, por su parte, profundamente preocupado por el necesario equilibrio entre las realidades globales y locales se pregunta a menudo si podremos responder a los desafíos de la globalización, y si nuestra identidad colectiva será capaz de hacer frente a los retos de la sociedad red. He leído en uno de sus últimos escritos –exactamente, el editorial de la revista *VIA*– cómo analiza, en el contexto catalán, esta cuestión. Y lo que dice es que el hecho de que nuestra comunidad disponga de suficientes recursos humanos, suficiente tradición y espíritu de iniciativa, suficiente cohesión social y vocación de innovación no es óbice para que él deje de cuestionarse la solidez de los valores y las actitudes de nuestra sociedad y de hacer una reflexión sobre el sentido de la responsabilidad individual y colectiva. En última instancia, lo que hace es pedir que no desatendamos la dimensión colectiva, porque la persona no puede realizarse aislada, ya que –y cito– “la persona se debe no sólo a su realización individual sino al marco social, cultural, identitario y de valores básicos del que se nutre”³. La persona se debe a ese entorno y, por tanto, tiene que sentirse responsable.

Mientras el profesor Mitchell sale del círculo, salta muros y vallas y se conecta, para poder “ser”, Pujol reivindica no sólo la necesidad

1. Mitchell, William J.; *Me++:the Cyborg Self and the Networked City*; Cambridge, MA; MIT Press, 2003; p.39

2. *Ibid.*, p.7

3. *VIA 01. Valors, Idees, Actituds, Revista del Centre d'Estudis Jordi Pujol*. Març, 2006. p.

que tenemos de la presencia del “otro” sino también la urgencia de comunicarnos. Lo que Pujol denomina “responsabilidad individual y colectiva”, Mitchell lo llama “interconectividad ética”.

Así, pues, en ambos casos la identidad individual se define como la estructura subjetiva caracterizada por la representación de uno mismo y que es –y sólo es– el resultado de la interacción entre el individuo, los otros y el entorno. Esto, aplicado a la identidad colectiva, implica que es necesario que una comunidad se conozca a sí misma y, al mismo tiempo, que sea reconocida, como tal, por los demás. La búsqueda de la identidad colectiva implica un proyecto, una construcción imaginaria, que podamos oponer a la mirada del otro para que nos pueda identificar. No hace falta que insista sobre la importancia de los medios de comunicación, incluida Internet, en la construcción de esta representación y este reconocimiento.

A dicho reconocimiento, Renan lo llama “plebiscito cotidiano”; Weber, “proceso de *comunización*”; Platón, “relación entre uno y su múltiplo”, y Reinghold, “gente suficiente, con un sentimiento de pertenencia suficiente, demostrado durante un tiempo suficiente”. Pero permítanme aún una última referencia –en honor al profesor Mitchell– a los aborígenes australianos y que menciono porque tienen tanto interés como actualidad: para estos aborígenes, lo que definía la identidad colectiva era la red de relaciones y el sentido de correlación entre sus miembros. Según las creencias de los aborígenes de Australia que nos han llegado desde el “tiempo del sueño”, explicadas en canciones que son el testimonio vivo más antiguo de una cultura (cuarenta mil años según algunos; sesenta mil según otros), la identidad no es más que una amplia red de relaciones, y el *didjeridoo*, ese gran tronco agujereado por las termitas, su sonido. De algún modo el profesor Mitchell adapta esta visión del mundo al ciberespacio cuando escribe: “Estoy conectado en el interior de otros objetos y sujetos, de tal forma que me convierto en yo en y a través de ellos, incluso si ellos se convierten en ellos en y a través de mí”⁴. Es lo que Mitchell llama “un sujeto nodular”.

Hoy, cuarenta mil años después, esta definición es perfectamente aplicable a la red, y la reflexión importa, entre otras cosas, porque en Cataluña, según datos del IDESCAT, en la primavera del año 2004 el 78,6% de los jóvenes entre 15 y 24 años eran usuarios habituales de Internet⁵.

4. Mitchell, William J.; *Me++: the Cyborg Self and the Networked City*; Cambridge, MA: MIT Press, 2003; p. 62.

5. La media para el total de la población de más de 15 años era del 36,3%.

Para acabar me permito reanudar la preocupación del presidente Pujol por los valores y las actitudes. Del mismo modo que, como nos recuerda al profesor Mitchell, los navegantes adquirieron una nueva concepción del mundo y la transmitieron a sus sociedades, hoy nos tenemos que fijar en los nuevos navegantes para descubrir cuáles son los valores que los inspiran. En dichos valores encontraremos algunos indicadores claros de los nuevos mecanismos de construcción de la identidad y de las pautas de convivencia.

Yo soy optimista. No soy residente de *Second Life*⁶, pero lo he visitado, he asistido a congresos, seminarios y debates, he comprado libros y tengo amigos en él. Cuando tengo una duda –una pregunta sobre cómo curar la tos de mi cotorra o la procedencia de una cita de Weber que utilizo pero no sé de dónde la he sacado– entro en uno de los miles de foros de la red y siempre hay alguien que, desinteresadamente, me responde. Esta cooperación solidaria se halla, emblemáticamente, en Wikipedia, una enciclopedia en la Red, gratuita, que cualquier persona puede editar y a la que todos pueden hacer una aportación, en más de doscientas lenguas. El inglés tiene 1.095.000 entradas, el castellano 111.000 y el catalán 30.000 (datos de abril de 2006). Por cierto, hay una entrada para el presidente Pujol en catalán, pero también en inglés, francés, alemán y castellano. ¿Por qué? Pues porque alguien ha creído que valía la pena que la persona y la obra del presidente fuesen conocidas en todo el mundo. Y lo ha conseguido gracias a su determinación, pero también a la red. Y todavía un último testimonio: el Firefox, el navegador de código libre hecho por una comunidad de gente que trabaja de un modo altruista y que se prevé que en 2007 supere el Internet explorer de Microsoft.

La red, se rige por unos valores que han permitido que se desarrolle como la conocemos hasta ahora y que son los valores de los que viven en ella, principalmente jóvenes: cooperación, colaboración, interacción, empatía, conexión, altruismo, autocontrol y ayuda mutua. Los espacios definitorios de la red son espacios construidos gracias a un sentimiento de

6. Mundo virtual creado el año 2003 por la gente próxima a *Creative Commons*, Lawrence Lessing y el movimiento de la *Free Culture*. El 23 de abril de 2006 tenía 198.000 residentes y una media de 5.000 nuevos cada semana. Es un mundo creado de la nada por sus habitantes y todas sus creaciones están protegidas por *creative commons*, otra manera de entender la propiedad intelectual. En *Second Life* se vive, se construye, se planifica, se hace política, se innova, se crea, se aprende, se investiga, se compra y se vende. Se vive de otro modo. <http://www.creativecommons.org/video/secondlife>. Otro mundo más comercial es el *Word Warcraft*, que ya tiene 5.500.000 de suscriptores, o *Neopets*, para los más pequeños, con 70 millones de personas, de menos de veinte años que adoptan y cuidan mascotas virtuales.

lealtad colectiva basado en la reciprocidad, aquella que ya practicaban los aborígenes de lo que ahora conocemos como Australia y que se basaba en la necesidad de responsabilizarse de los demás y esperar que ellos hicieran lo mismo contigo. Cuando un joven de Seattle cuelga los capítulos de la serie que más le gusta en la red y al cabo de un par de horas otros tres de Tokio, Barcelona y Montpellier, respectivamente, que dominan el inglés las subtitulan con el único objetivo de que sus compatriotas puedan entenderlos, no hay moral de desvinculación; hay un sentimiento de bien común, tal vez entendido de manera diferente, pero está presente. Y este joven de Seattle sabe que en cualquier momento podrá acceder a contenidos japoneses porque el joven de Tokio o cualquier otro del planeta que conozca el japonés o el inglés también lo hará.

Amen Malouf, en su libro *Las identités meurtrières*, además de decir que no podemos querer más a nuestra historia que a nuestro futuro afirma que todos nosotros tenemos dos herencias, la vertical, que es la que nos viene de nuestros antepasados, nuestra tradición, nuestra historia y nuestra cultura, y una herencia horizontal, que nos viene de nuestra época. Nuestra percepción como personas y como pueblos es el resultado de la mezcla de ambas. La herencia vertical nos ayuda a ser. La horizontal a devenir. En la combinación del ser y del devenir, encontraremos nuestro lugar en la sociedad red.

Y hoy las dos personas que tenemos el honor de acoger, *honoris causa*, entre nosotros, han sido un modelo de arraigo y de futuro, y ambas han mejorado el mundo que encontraron y que nos retornan día a día, más abierto y más generoso; más personal y más interdependiente también.